

ANUARIO DE MARIA,
ó EL VERDADERO SIERVO
DE LA VIRGEN SANTISIMA.

APROBADO EN ROMA, Y PRESENTADO A LA
SANTIDAD DE GREGORIO XVI

POR M. MENGHI-D'ARVILLE,

Protonotario apostolico.

APROBADO, Y MANDADO REIMPRIMIR PARA LOS FIELES DEVOTOS DE LA
SANTISIMA VIRGEN

Por el Illmo. Sr.

DON JUAN MANUEL IRISARRI Y PERALTA,

Arzobispo de Cesaréa, Dean de esta metropolitana Iglesia, y Vicario
capitular del arzobispado de México.

TOMO II.

MEXICO.—1849.

IMPRENTA DE LA VOZ DE LA RELIGION,
Calle de San José el Real núm. 13.



ANUARIO DE MARIA.



EJERCICIO XXXIX.

PARA EL DOMINGO DECIMO DES-
PUES DE PENTECOSTES.



INSTRUCCION TRIGESIMANONA.—LA VIRGEN SANTISI-
MA ES NUESTRA VERDADERA Y BUENA MADRE.

*Cum vidisset ergo Jesus matrem,
et discipulum stantem, quem dilige-
bat, dicit matri suae, ecce filius tuus.*

Habiendo Jesus visto á su Madre,
y al discípulo á quien amaba, dijo á
su Madre: Muger, he ahí tu hijo.
(*Joan. cap. 19, v. 26.*)

LA cruz es el lugar, desde el cual Jesus nos
dió á María por Madre, en la persona de San
Juan, cuando la dijo: *Muger, he ahí tu hijo.*

Nosotros, pues, somos los hijos de María, y María es nuestra Madre; y de ahí viene el grande amor que nos profesa en calidad de tal; porque como observa Santo Tomás, el amor de los padres á sus hijos es un amor necesario: de manera, dice, que la ley de Dios que manda esplicitamente á los hijos que amen á sus padres, no manda á los padres que amen á sus hijos; porque este amor está tan fuerte y profundamente grabado por la naturaleza, que se halla no solamente en todos los hombres, sino tambien hasta en las béstias mas feroces.

De la hembra del tigre se refiere, que quando los cazadores cogen á sus cachorros y los meten en el barco, si por los gritos de estos llega á descubrir el lugar en donde se hallan, se hecha en el mar, y sigue el barco, hasta que logra llegar á él. Si pues todos los hombres, y hasta los animales mas feroces, sienten la fuerza del amor paternal; ¿no ha de ser incomparablemente mayor la ternura y el afecto de María á nosotros, que somos sus hijos muy amados, y que tantos trabajos y dolores la hemos costado? Por esto nos dice hablando por boca de Isaías: "Aun quando una madre puede olvidarse al fruto de sus entrañas, yo jamás os olvidaré." Y en otra parte el Espiritu

Santo la hace decir: "Yo soy la madre del puro amor." Es decir: "Yo no soy mas que amor: no hay en mí otro sentimiento."

Realmente: ¿quién podrá concebir la inmensidad del amor que nos tiene esta buena Madre? Toda su vida ha ardido en ella el fuego de este amor: de este amor estuvo abrasada cuando se hallaba en el calvario: y este amoroso incendio, cuya estension no se puede medir, cuya profundidad no se puede sondear, la obligó á dar por nosotros todo lo que mas amaba: la obligó á dar hasta á su propio Hijo. Y esto es lo que hace decir á San Buenaventura, parafraseando el pasage de San Juan: *Sic Maria dilexit nos, ut filium suum unigenitum daret.*

¿Qué espectáculos de amor, ó Dios mio, se nos representan en el calvario! Jesucristo está espirando en la cruz por nuestro amor: y María se halla al pié de esta misma cruz consintiendo en el sacrificio de su Hijo, tambien por nuestro amor.

Mas para apreciar del modo que se debe la fuerza y la estension del amor que nos tiene, es del caso mirar la cosa en su origen, y pesar bien los motivos. El primero de todos es el amor de Dios. El apóstol San Juan nos ense-

ña que el amor de Dios y el amor del prójimo están estrechamente unidos, y que el que ama á Dios debe amar al prójimo: de lo que se ha de inferir que el amor á Dios no puede aumentarse, sin que crezca á proporcion el amor al prójimo. Si los santos practicaban los mas heroicos oficios de la caridad con sus hermanos, era porque estaban abrasados en el amor de Dios: por este amor sacrificaban sus fortunas, su libertad, su vida, en favor del prójimo, para procurarle algun bien, y sobre todo los bienes celestiales. Mirad á San Francisco Javier como penetra por entre montañas inaccesibles, cómo supera todos los obstáculos, cómo arrostra todos los peligros, á fin de ganar para Dios á los pueblos bárbaros. Mirad á San Francisco de Sales, cómo para convertir á los hereges del Chablais, se espone al riesgo de anegarse mil veces, pasando un torrente impetuoso por medio de una débil tabla que le sirve de barco. Mirad á San Paulino cómo se entrega á la esclavitud para librar al hijo de una pobre viuda. Mirad á San Vicente de Paul como ocupa el lugar de un condenado á galeras, para que el infeliz pueda restituirse al seno de su familia. Pues si el amor de Dios que animaba á los santos, producía tan felices resultados en favor

del prójimo, ¿qué idea formaremos de María, que desde el primer instante de su existencia amó á Dios mas que todos los ángeles y todos los santos juntos? “El fuego del divino amor, de que yo estaba abrasada, decia la Virgen á “sor María del Crucifijo, habria consumido el “cielo y la tierra si hubiesen experimentado el “incendio que yo experimentaba; y hasta los “ardores de los serafines, en comparacion de “los míos, no eran mas que un soplo de aire “frio.” De todo esto debemos concluir que si el amor de Dios que abrasaba á María, ha dejado muy atrás al que tenian los ángeles y los santos, ninguno de estos ha podido igualar á la Virgen en orden al amor del prójimo.

A este primer motivo, que es muy poderoso para convencernos de lo mucho que María nos ama, debe añadirse otro no menos poderoso, á saber: lo mucho que le cuesta el habernos engendrado para la vida de la gracia, adquirida con el sacrificio de su divino Hijo, de la prenda que mas amaba. “Si, dice el P. Nieremberg, “María nos dió verdaderamente á su unigénito, “cuando en virtud de su derecho de Madre, y “en fuerza de la jurisdiccion que en calidad de “tal tenia sobre él, le permitió que se entrega- “se á la muerte: y cuando los demas callaban,

“unos por odio, otros por temor; María también bien callaba, mas callaba por nuestro amor; y este fué el motivo porque no tomó á su cargo la defensa de su Hijo delante de los jueces.” María no quiso hablar una sola palabra que pudiese librar á Jesus de la muerte, de la cual no ignoraba que dependia nuestra salvacion. Nos amaba demasiado, para oponerse á la consumacion de un sacrificio, del cual habia de resultar nuestra felicidad eterna. Así podemos decir que nos prefirió á su propio Hijo, en cuyo sacrificio consintió para darnos la prueba mas visible del amor que nos tenia. Y sobre todo, durante las tres horas de la sangrienta agonía del Salvador, fué cuando María desde el pié de la cruz nos ofrecia á su Hijo adorable con tan heroica constancia y valor, que San Anselmo y San Antonio convienen en que la Virgen lo hubiera inmolido con sus propias manos, si hubiese sido necesario, para satisfacer á la divina justicia, y merecernos el cielo.

Parece que nada se puede decir que haga mas fuerza en orden al amor que María nos tiene; y sin embargo, hay un tercer motivo todavía muy superior á los dos que hemos manifestado, que es, el precio de la sangre de Jesucristo, al cual la Virgen sabia dar toda la importancia y el valor que tenia.

Supongamos una madre, cuyo hijo único se hubiese sujetado á veinte años de prision y de sufrimiento, para rescatar á su siervo. ¿No es cierto, dice San Ligorio, que por esta sola razon el siervo seria amado sobremanera de la Madre? Pues esta es la disposicion en que se halla María con respecto á nosotros. Su amor á los hombres está en proporcion del infinito valor de la sangre que los ha rescatado: y como Jesucristo los ha rescatado á todos no hay uno solo al cual la Virgen no ame y proteja.

“Felices, pues, decia el venerable Berkman, felices los que os aman, ó Reina de los cielos; porque si yo amo á María, estoy seguro de la perseverancia: y lo estoy tambien de que alcanzaré de Dios todo lo que le pida.” Imitemos nosotros á este santo jóven, amando á María con toda la ternura propia de buenos hijos: acordémonos, para afirmarnos en estos puros sentimientos, que habiéndole un pecador dirigido esta súplica, *Monstra te esse Matrem*, hazme ver que eres mi Madre! María le respondió: *Monstra te esse filium*, hazme ver que eres mi hijo.

EJEMPLO XXXIX.

(Un devoto de María consolado en medio de terribles angustias.)

El bienaventurado Bernardo Tolomeo, fundador de la orden de los padres del monte Olivete, el cual desde niño alimentaba en su corazón una tierna devoción á María, estaba un día todo conturbado en su hermita de Ancona, por el temor de que no se salvaría, y de que Dios no le había concedido el perdón de sus pecados. La Madre de Dios se le apareció y le dijo: "¿Por qué temes, hijo mío? Está seguro: Dios te ha perdonado, y se complace en la conducta de vida que observas: continúa, yo te ayudaré, y tú te salvarás." El bienaventurado continuó en vivir santamente, y cuando llegó la hora de su muerte espiró en los brazos de María. (*Vida del B. Bartolo.*)

PRACTICA XXXIX. EN HONOR DE MARIA.

(Del devoto Cornelio á Lápide.)

Como María nos ama tanto, es muy provechoso decir á Dios á menudo con Cornelio á Lápide y con otros grandes siervos de María: "Señor, concedednos lo que la Virgen Santísima os pide en favor nuestro."

ORACION XXXIX, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Buenaventura.)

¡Oh Madre y patrona mia! Mis pecados me hacen

indigno de acercarme á vos, y no debería esperar de vos mas que castigos. Pero aun cuando me despreciáseis, aun cuando me quitáseis la vida, no dudaría un solo momento que quereis salvarme. En vos pongo toda mi confianza; y mientras que yo tenga la dicha de implorar vuestra misericordia, jamas me faltará la firme esperanza de que un día iré á alabaros en el cielo con esa innumerable multitud de siervos vuestros que se han salvado por vuestra intercesion poderosa. Amen.



EJERCICIO XL.

PARA EL DOMINGO UNDECIMO DES-
PUES DE PENTECOSTES.



INSTRUCCION CUADRAGESIMA.—LA VIRGEN SANTISIMA
ES EL REFUGIO SEGURO DEL PECADOR ARREPENTIDO.

Clamabit ad me, et ego exaudiam eum.

Clamará á mí, y yo le oiré. (*Ps.* 90, v. 15.)

LA Iglesia, siempre inspirada por el Espíritu Santo, proclama la consoladora verdad que María es el seguro refugio de todos los pecado-

res: *Refugium peccatorum*. Pero es necesario que los pecadores estén animados, cuando menos, de sinceros deseos de salir de sus pecados; sin cuyo requisito la Virgen no podría interesarse con su divino Hijo en favor de los mismos. Esto es lo que Santa Brígida refiere haber oído de boca del mismo Jesucristo, el cual dirigiéndose á su Madre Santísima le decía: "Tú alargas la mano á todos los que quieren levantarse de su caída para volver á Dios, y y á ninguno de los que son recomendados por tí se le despide desconsolado." Encomiéndose, pues, el pecador, á María con confianza: perseverare en las prácticas de devoción á tan buena Madre, y esté seguro de que tarde ó temprano verá rotas las cadenas de la culpa que lo tienen esclavizado.

Es un error, condenado por el santo Concilio de Trento, el decir que todas las oraciones y obras buenas hechas en pecado son otros tantos pecados. "No es así, porque dice San Bernardo: aunque la oracion no sea hermosa en boca del pecador, por razon de no ser acompañada de la caridad; no por eso deja de ser útil y saludable para salir del pecado." Santo Tomás nos enseña que la misma oracion es propia para alcanzar el perdon de los pecados;

"pues la eficacia de la peticion, dice, no está fundada en el mérito del que ruega, sino en la bondad de Dios y en los méritos de Jesucristo, el cual nos asegura, que *nos concederá todo lo que le pediremos en su nombre.*" Otro tanto se puede decir de la Virgen Santísima, á cuyo nombre Dios nada rehusa, y mucho menos lo que le pedimos que pueda conducir á la grande obra de nuestra salvacion que tanto desea. San Anselmo nos dice sobre esta materia: "que si el que ruega no es digno de ser oído, los méritos de María, cuya proteccion implora, rogarán en su favor: y las gracias que los pecadores son indignos de recibir, se conceden á María, á fin de que aquellos las obtengan por su medio. Ella es Madre de Dios y de los pecadores; y el oficio de una buena Madre es, que en sabiendo que hay una enemistad mortal entre dos de sus hijos, hace para reconciliarlos todo cuanto está de su parte." Siendo, pues, la Virgen á la vez madre de Jesucristo y Madre del hombre, experimenta un sentimiento tan profundo cuando ve que un pecador se ha constituido enemigo de Jesucristo y ha caído en su desgracia, que nada deja de hacer para reconciliarlo con su divino Hijo. Es á un mismo tiempo madre del justo y del

culpable, y por eso no puede sufrir que haya discordia entre ellos.

María es, pues, el refugio seguro de los pecadores, y se compadece tan sensiblemente de sus males, que parece que los siente en sí misma. Esto es lo que se llama *compasion* de la Virgen en favor de los pecadores; *compasion* que está representada en la de la Cananea, la cual dirigiéndose á Jesucristo le suplicó que librase á su hija, poseida del demonio: “Tened piedad de mí, le decia, tened piedad de mí, “Hijo de David.” Pero ¿por qué siendo la Hija de la Cananea la atormentada, no pide la madre por su hija, sino por sí misma? Ah! Es porque las madres sienten los males de sus hijos como si ellas mismas los padeciesen.

Cuando María ve un pecador postrado á sus piés, se dirige á su divino Hijo, y le dice: “Hijo mio, Señor mio, Dios mio, atended á esa alma pecadora que reclama mi misericordia: ella es mi hija: la he engendrado en el Calvario al pié de vuestra cruz, en la cual derramasteis vuestra sangre para redimirla de los lazos de Satanás. Ha tenido la desgracia de caer en las garras del enemigo infernal; mas yo os pido que tengais piedad de su triste estado: mirad que es cruelmente atormentada: *male tor-*

quetur; y si ella no os inspira bastante *compasion* para que la libreis de sus males, tened piedad de mí, que soy vuestra Madre: *miserere mei, fili, miserere mei.*”

A esta consoladora pintura, que nos demuestra cuan misericordiosa es María en favor de los pecadores, añadiremos otra, la de la muger cuya historia se refiere en el libro segundo de los Reyes, y cuya prudencia merece los elogios del Espíritu Santo. Una muger Tecuita, habiéndose presentado al rey David, le dirigió estas palabras: “Señor, yo tenia dos hijos, el uno de los cuales en una riña mató á su hermano. “La justicia ha hechado su mano sobre el culpable; y yo que soy madre de los dos, habiendo perdido al uno, estoy en peligro de perder al otro. Tened pues piedad, Señor, de una madre desolada: no permitais que se le arrebate el único hijo que le queda.” A estas palabras, movido David á *compasion*, mandó que se diese libertad al culpable, y que fuese restituido á su madre. He aquí precisamente lo que hace María cuando ve á un pecador que ha caido en desgracia del Juez supremo, y que reclama la asistencia de su Madre: ella dirige á Dios las mismas palabras que la Tecuita dirigió en otro tiempo á David. “Oh mi rey, le

“dice, yo tenia dos hijos, Jesus y el hombre: el “hombre ha hecho morir á Jesus en la cruz: “vuestra justicia quiere ahora castigar al culpable: ¿quereis pues, Señor, quitarme el segundo hijo despues que he perdido al primero?”

¡Ah! No por cierto: no condenará Dios al pecador que recurre á María: y pues él mismo la ha dado al pecador por madre, se complace en que la Virgen ejerza los oficios de tal: y esto es lo que hace todos los dias con una bondad y misericordia sin igual. A este propósito, atended como el devoto Lauspergè hace hablar al Señor: “Yo he confiado los pecadores “á Maria, á fin de que los mire como que son “sus propios hijos; y María los cuida con tanta solicitud, que no deja perecer á ninguno de “los que la invocan de corazon: haciendo por “su parte todo cuanto puede para salvarlos á “todos.

En vista de estas reflexiones, ¿por qué no han de acudir todos los pecadores á esta buena y tierna Madre? Ciertamente no habrá uno solo que no obtenga la gracia por su mediacion. Bien que conviene no olvidar jamas la condicion esencial, á la cual está ligada la reconciliacion del pecador con Dios por medio de su Santísima Madre; á saber: el sincero arrepenti-

imiento de todas las culpas, y el deseo eficaz de no querer caer mas en ellas: sin cuyo requisito María no puede amarnos, queriendo nosotros continuar siendo enemigos de su divino Hijo. Es necesario que cuando le decimos: “Mostradnos que sois nuestra Madre;” podamos añadir: “nosotros queremos mostraros que “somos vuestros hijos verdaderos, por medio de “una conducta arreglada y cristiana. La Virgen es verdaderamente *Madre de misericordia*; mas nosotros la convertiriamos en una *Madre de dolor*, crucificando á su divino Hijo con nuestras malas obras. Ella es nuestro refugio; mas es cosa muy torpe el pensar que el refugiado haya de abusar de las bondades de la que le da asilo, para ofenderla en la parte mas sensible. Nosotros somos sus hijos; mas para que seamos dignos de experimentar los efectos de esta gloriosa filiacion, debemos abandonar el camino del pecado; pues no es digno del honorífico título de hijo de María el que lo deshonra con acciones criminales. No puede dudarse que María será siempre el refugio de todos los pecadores; pero de todos los pecadores arrepentidos. Sin esta condicion seria necesario suponer, lo que es una impiedad, que María es la protectora del pecado.

Recurra, pues, á María todo pecador, cualquiera que sea el número, por grande que sea la enormidad de sus pecados: ponga toda su confianza en la Virgen Santísima: practique todos los medios que están á su alcance para romper las cadenas que lo retienen esclavo del demonio. María le ayudará con sus poderosos auxilios, y no cesará de rogar al Señor hasta que la oveja extraviada haya entrado otra vez en el rebaño, y disfrute de la gracia y de la misericordia de su Dios.

EJEMPLO XL.

(Las aficciones del espíritu y los sufrimientos del cuerpo, disipados á un mismo tiempo por el recurso á María.)

La venerable madre Alix de Clerc, primera madre de la Congregacion de Nuestra Señora, queriendo inspirar á una religiosa la confianza en la Virgen Santísima, le refirió confidencialmente un singular favor que habia recibido de la misma. La dijo que en el año 1620, hallándose en San Nicolás para establecer la clausura en su monasterio, cayó enferma de una calentura continua y muy violenta, y que en lo mas recio de su mal quiso el Señor probarla todavía por medio de tentaciones las mas afflictivas, hasta tal punto que no sabia ya qué hacerse. En tal apuro se acordó de acudir á su poderosa protectora la Santísi-

ma Madre de Dios, rogándola con todo su corazon que la socorriese en aquella gravísima necesidad. En el mismo instante se apareció la Madre de todo consuelo en la enfermería, y se acercó á la cama de la paciente. Estaba la Virgen como sostenida por una nube, ofreciendo el espectáculo de una magestad admirable, y rodeada de una brillantísima luz. Con esta visita celestial quedó la enferma libre de las violentas tentaciones que la afligian, sin sentirlas mas durante el curso de la enfermedad, de la que tambien convaleció. *(Relacion de la madre Alix.)*

PRACTICA XL, EN HONOR DE MARIA.

(Del venerable Lausperge.)

Al entrar y al salir de vuestro aposento, pedid á la Virgen Santísima su bendicion. Así lo practicaba el devoto P. Lausperge, religioso cartujo de grande fama de santidad, y su ejemplo fué seguido despues de todos los padres cartujos.

ORACION XL, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Bernardo.)

A vos, ¡oh Reina del universo! dirigimos nuestras humildes miradas. Tendremos que comparecer delante de nuestro Juez, siendo culpables de un sinnúmero de pecados. ¿Y quién le aplacará? Solo vos podeis hacerlo, ¡oh Virgen bienaventurada! vos que le amais tanto y que sois tan tiernamente amada de él. Lleguen hasta vuestro corazon nuestras súplicas y nuestros suspiros. ¡Oh Madre de misericordia! Im-

ploramos vuestra proteccion. Calmad la indignacion de vuestro hijo: hacednos recobrar su santa gracia. Vos no aborreceis al pecador, cualesquiera que sean sus culpas, con tal que os dirija sus ruegos con sinceridad é implore vuestra intercesion. Dignaos alargarnos la mano, y reconciliarnos con nuestro Juez. Amen.



EJERCICIO XLI.

PARA EL DOMINGO DUODECIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.



INSTRUCCION CUADRAGESIMAPRIMERA. — LA VIRGEN SANTISIMA ESTA LLENA DE AMOR PARA CON TODOS LOS QUE RECURREN A ELLA.

Quasi oliva speciosa in campis.

Semejante á un hermoso olivo plantado en medio de los campos. (Ecc. 24, v. 19.)

No es sin razon el comparar el Espíritu Santo á la Virgen Santísima á un olivo plantado en medio de los campos; porque así como el olivo no produce mas que aceite, que es el simbolo de la misericordia y de la dulzura; así solo pueden emanar de la Virgen actos de cle-

mencia y de caridad. Ella es la Virgen prudentísima, como la llama la Iglesia: *Virgo prudentissima*; y el *aceite de la lámpara*, es decir, el tesoro de las divinas gracias, de las cuales es dispensadora. Lejos de no tener bastante para sí misma, como sucedió á las vírgenes del evangelio, provee á las necesidades de todos los que la piden: aun hace mas; lo ofrece á todos los que se presentan. Semejante á la bella y generosa Rebeca, da á beber del pozo de su inagotable caridad, no solamente á Eliezer figura de los justos, sino tambien á los pecadores representados por los camellos del fiel criado de Abrahan. Del mismo modo María comparándola con la jóven hermana de Laban, da mucho mas de lo que se le pide: colma de gracias á sus devotos, y promete grandes favores hasta á los que todavia no han resuelto acudir á ella, asegurándoles que bajo sus auspicios tendrán buena acogida delante de Dios.

María estaba figurada en la ley antigua en la *tierra de promision*, que producía leche y miel: pues su bondad es tanta, que no hay un solo instante, dice el abad Guené, que no produzca frutos de dulzura y de misericordia. Y con motivo de la prontitud con que nos socorre, es comparada á la luna; pues como dice San